

REFLEXIONES SOBRE LA ÉTICA DE “LA INTRUSA” DESDE LA PERSPECTIVA DE SALVADOR GINER

*Roberto Salom Echeverría**

La reflexión que el profesor Giner nos propone en este ensayo revaloriza, a mi manera de ver, oportunamente, fundamentales temas relativos a las llamadas ciencias humanas, para poner en su lugar, es decir, para reconstruir, nociones sobre la posición del estudioso frente a la “condición humana” que el postmodernismo nos había puesto de cabeza. He ahí, a mi juicio, el primero y principal valor de estas notas, tituladas con toda propiedad, “La ética de las ciencias humanas en la encrucijada”.

Sin embargo, no por tratarse de viejos temas nos deja de resultar sorprendente, en el contexto de una cierta crisis del pensamiento social, la nitidez de la formulación aquí expuesta: “la ética de la sociología es la de la objetividad, la de la llamada a los hechos. –Y continúa– su fuerza es la del dato, honestamente presentado y, en última instancia, moralmente interpretado” (Giner, S., 2002, p. 15).

A mi manera de ver, aquí reside el núcleo duro de la propuesta del profesor Giner, como respuesta muy personal frente a lo que él llama la “sociologización” del mundo, expresión esta de un fenómeno más general, relativo a la secularización de la sociedad. Tal propuesta contiene dos aspectos a los que me gustaría referirme, a saber: lo relativo a la objetividad, como la cuestión ética de la sociología, y lo relativo a la interpretación moral de los hechos, antes de pronunciarme sobre un tercer aspecto, que para el profesor Giner está íntimamente relacionado con lo anterior y es el que se refiere a la perspectiva sociológica respecto de la naturaleza humana.

Lo primero que quisiera decir en relación con el tema de la objetividad es que este constituye una cuestión controversial, justamente en virtud de su complejidad. Con esto no quiero disminuir en un ápice el valor que para mí tiene la formulación del profesor Giner. Precisamente por ello no debe creerse que se trata de una formulación ingenua, tributaria del positivismo, la mencionada líneas arriba; por el contrario, la simplicidad de su enunciación entraña la profundidad de sus alcances. Ya el propio autor nos ha prevenido desde antes que “el pluralismo interno de toda disciplina creadora y activa es inevitable y fértil” (Giner, S., 2002, p. 12).

* Maestría en Sociología, Universidad de Costa Rica.

Muy lejos estamos, pues, de una propuesta que sugiera siquiera una postración ante el dato empírico y, aunque nos ha prevenido contra los estragos que puede causar en la disciplina lo que él llama un “sociologismo difuso” o la banalización sociológica del mundo (Giner, S., 2002, p. 11), así como la contaminación ideológica y la presión de intereses particulares (Giner, S., 2002, p. 10), creo que podemos estar de acuerdo en que la cuestión de la objetividad, tanto en la antropología y la sociología, como en las ciencias sociales en general, no se agota simplemente con la apelación al dato empírico, pese a ser este un requisito fundamental; ni tampoco es una cuestión puramente de actitud imparcial o no partidaria frente a los hechos sociales. Giner lo formula con toda claridad mediante una sentencia que me parece un corolario inevitable de lo anterior: “nadie, ...tiene el monopolio de la verdad y la rectitud” (Giner, S., 2002, p. 15).

Como esa aseveración es indiscutible, en consecuencia lo es también que, en relación con el principio de la objetividad en la ciencia, no se puede menos que colegir de allí que existe una problemática teórica, o más propiamente epistemológica ineludible, que nos remite a un pronunciamiento o toma de posición respecto de la relación entre el ser social y la conciencia. La diversidad de puntos de vista a este respecto entre una escuela y otra es evidente y, por lo demás, totalmente comprensible.

Aquí voy a traer a colación algunas ideas expuestas en otra ocasión¹, a fin de ilustrar mejor mi punto de vista. Peter Berger, por ejemplo, dice al respecto que los sociólogos clásicos observaban “con objetividad la realidad social, sin dejarse afectar por sus propios prejuicios o deseos” (Facetas, 1992, p. 38) y que “en la actualidad un gran número de sociólogos anuncia con orgullo su falta de objetividad, es decir la defensa de su ideología particular” (Facetas, 1992, p.40). Además, dice que “la peor consecuencia de la ideologización de la disciplina... fue la idea de que la objetividad y la meta de “sustraerse a los valores” eran imposibles, y que los sociólogos sabedores de esto debían actuar como abogados de su propia causa” (Facetas, 1992, p. 42).

Entre otras condiciones para evitar la obsolescencia de la sociología, Berger recomienda una “enfática y militante actitud antiideológica” y los siguientes requisitos institucionales: “uno o varios de los programas académicos que integran la educación de un sociólogo... impartidos en universidades de elite... (y) en manos de gente joven”(Facetas, 1992, p. 42).

¹ Me refiero al artículo titulado “Ideología y Ciencia: Compañeros Inseparables”, Cuadernos de Sociología No. 5, 2002.

Sin duda alguna, además de una cuestión ética, la objetividad constituye también una petición de principio de la actividad científica, pero me temo que, en contraposición al criterio de Peter Berger, ideología y ciencia son, por así decirlo, compañeros inseparables.

La diferencia que nos separa de Berger en este aspecto se deriva, seguramente que entre otros factores, de una concepción por parte de este autor que nos luce limitada, en tanto elude la cuestión epistemológica, y simplista, porque la concibe solo como una cuestión actitudinal; en otras palabras, no diferencia adecuadamente la cuestión epistemológica de una cuestión, quizá más básica, de tipo conductual.

Al postular el estrecho e indisoluble ligamen entre ideología y ciencia, no se trata de reivindicar el subjetivismo, como cree Berger, sino de reconocer, en primer lugar, el estatuto teórico de la objetividad y por tanto, de una concepción mucho más compleja de lo que a primera vista podría parecer.

¿Dónde se establecen entonces los criterios de verdad? ¿Se trata del establecimiento de verdades absolutas y generales o de una discusión teórica concreta sobre las condiciones históricas del conocimiento?

Es posible entonces alcanzar el conocimiento objetivo de la realidad social, lo que no implica su conocimiento absoluto o definitivo. Una vez más, como lo afirma Schaff, la verdad puede ser parcial pero objetiva (Schaff, 1994).

¿Qué es entonces lo objetivo del conocimiento? Lo objetivo se refiere, en primer lugar, al reconocimiento del carácter determinante de las condiciones materiales en el proceso social y al carácter dinámico de la realidad social. En segundo lugar, lo objetivo implica el reconocimiento de la autoridad del conocimiento; es decir, que la realidad social puede ser aprehendida mediante la actividad científica, la cual puede ser entendida como un proceso de análisis y reflexión a partir de información sistematizada. El conocimiento puede, en tercer lugar, ser corroborado en el proceso social mismo.

A la luz de esta concepción, que evidentemente ha implicado una toma de posición respecto del problema de la objetividad en la sociología, la antropología y las ciencias sociales, las ideologías jamás se desvanecen, ni en la actividad científica, ni tampoco en los procesos sociales. Es decir, no nos enfrentamos al conocimiento de la realidad sin supuestos, o aun más, sin ningún afán, o desprovistos de una actitud partidarista.

Por ello convenimos con Adam Schaff (Schaff, 1994), en que pueden existir tanto ideologías científicas, es decir, concepciones del mundo y de la sociedad

construidas científicamente, como ciencias ideológicas, entre las cuales se ubica precisamente a la sociología y a la antropología.

Por otra parte, el papel activo de la conciencia implica el compromiso ético con la transformación de la realidad a partir de su conocimiento. “La ética de la objetividad no basta para hacer ciencias humanas”, nos dice Giner (Giner, S., 2002, p. 16), y aquí está el segundo aspecto que deseamos comentar de su argumentación.

La interpretación moral de los hechos supone el compromiso con el ideal de una “buena sociedad”, o como también dice el autor, el compromiso de las disciplinas con “la construcción del interés común” (Giner, S., 2002, p. 16). En sus propias palabras: “se trata de que sepan (antropólogos y sociólogos), o por lo menos se planteen cuál debería ser la mejor situación factible para las gentes de carne y hueso cuya condición, anhelos y destino contemplan y estudian” (Giner, S., 2002, p. 15, lo que está entre paréntesis es mío). ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Cómo se podría pretender enfrentar el estudio de la realidad humana respecto de la que somos sensibles, la misma realidad que nos conmueve, sin un compromiso práctico con su transformación hacia una sociedad mejor?

No obstante, hay que reconocerlo, se trata de un enunciado general, más allá del cual se abre un abanico de posibilidades muy amplio y diverso de formas de intervención social. Lo que sí nos advierte claramente Giner es sobre la necesidad de distinguir “clara y explícitamente entre los dos modos de hacer sociología (y antropología), el de servicio empresarial específico y el de servicio a la razón pública” (Giner, S., 2002, p. 17). Como el profesor Giner lo hace ver, esta cuestión entraña un compromiso entre ciencia y humanismo (Giner, S., 2002, p.17), como no podía ser de otra manera desde una posición ética frente a la actividad científica.

Para terminar, deseo referirme a la última cuestión enunciada, la relativa a la “naturaleza humana”. A este respecto nos dice Giner: “...una cosa es que... no la lleguemos nunca a conocer del todo, (se refiere a la naturaleza humana), y otra, muy distinta, que la diluyamos en una concepción biológica, mecanicista y neuronal del hombre, que diluyamos del todo el componente ético que le caracteriza y que, por lo tanto, caracteriza a sus sociedades. Estas son, ante todo, entes morales” (Giner, S., 2002, p. 17).

Allí sí mi diferencia con Giner en algunos aspectos que pasaré a comentar, es radical. Desde mi punto de vista, no es que diluyamos la “naturaleza humana”, sociológicamente hablando, en una concepción biológica. Es que desde el punto

de vista sociológico no tiene caso hablar de “naturaleza humana”. Científicamente hablando, este concepto solo tiene sentido desde la biología. Podemos reconocer que las sociedades sean entes morales, o mejor aun, que la moralidad (y la inmoralidad, dicho sea de paso), sea una característica de las sociedades; pero inmediatamente hay que agregar que cada época histórica, cada sociedad o grupo humano ha tenido su propia y particular moralidad, o su propia concepción y expresión de la libertad.

A lo mejor, en punto a esta cuestión de la “naturaleza humana”, las ciencias humanas no tienen nada que decir..., es un tema que queda para las ciencias naturales, mientras que las sociales o humanas, más precisamente hablando, se ocupan, como bien lo ha dicho el mismo profesor Giner, de la condición humana. Para ello no hay que suponer que el ser humano no sea más que “un organismo con sus vísceras” (Giner, S., 2002, p.17); ni implica tampoco rechazar el compromiso, desde las ciencias humanas, con una concepción humanística de la sociedad; pero sí implica abandonar nuestra aspiración a desentrañar desde esa perspectiva, una naturaleza humana abstracta.

No se trata de partir de la idea de una tabla rasa como sostendrían aquellos a quienes el autor atribuye una visión “hipersocializada del hombre” (Giner, S., 2002, p. 17), porque, aparte de la verdadera naturaleza humana, (que dicho sea de paso, hoy día el desarrollo científico-técnico, desde el ámbito de las ciencias naturales, está descifrando, y en la que estoy seguro que no habrá ningún dato alusivo a una naturaleza humana moral), en realidad el proceso de socialización parte, para cada ser humano, grupo de seres humanos, o generaciones de seres humanos, de una información muy diversa que afecta al ser humano desde etapas cada vez más tempranas en la historia de su vida, incluso desde antes de su nacimiento.

De manera, pues, que no estamos de acuerdo con la idea de la “tabla rasa”, pero tampoco creemos en una naturaleza humana abstracta, o ajena a la trama de relaciones sociales en la que estamos inmersos todos los seres humanos.

Aparte de los atributos de que estamos dotados y de nuestras potencialidades individuales y de socialización, lo demás corre por cuenta de la vida en sociedad, hasta que no se demuestre lo contrario por parte de otras ciencias. Dudo que cualquier demostración al respecto vaya a surgir de las ciencias humanas.

De nuevo, este razonamiento no avala para nada la idea del “cascarón” (Giner, S., 2002, p.17), salvo que fuéramos ovíparos y que nuestra madre hubiese

muerto dejando un solo huevo, aislado de todo contacto social. Pero aquí ni siquiera estamos hablando de situaciones hipotéticas rarísimas, sino de fantasías que no se pueden dar.

Ahora, ¿podrá con facilidad el ser humano colocarse o ir “más allá de las circunstancias históricas, biográficas y socio estructurales” (Giner, S., 2002, p. 17), como se preconiza? Al menos no como tendencia para la gran mayoría en las condiciones sociales que hoy vivimos, o en las condiciones históricas en las que hemos vivido.

Por otra parte, lo que nos permite generalizar es que tenemos una misma naturaleza humana, ciertamente y no una misma naturaleza humana abstracta, como una especie de teleología o aspiración común hacia la que todo el género humano se dirige. Por lo demás, la posibilidad de generalizar o encontrar regularidades es un atributo natural de la conciencia humana o de la mente humana, seguramente influido por el proceso de socialización, pero a partir del proceso histórico concreto.

Creo que, como ha dicho Habermas, las consecuencias ambiguas del desarrollo técnico-científico e histórico social son palpables y, desde luego, hay lugar para nuevos actos de barbarie, tanto como para las más excelsas manifestaciones de solidaridad entre el género humano. La disyuntiva estará siempre presente; me pronuncio junto al profesor Giner por una opción ética desde las ciencias sociales, ahora que esa posibilidad histórica se ha abierto para todos.

Bibliografía

- Berger, P. 1992. “Sociología: ¿se anula la invitación?”
- Revista Facetas, Pp. 38-42.
- Giner, S. 2002. “La Ética de las Ciencias Humanas en la Encrucijada”, Lección Inaugural Universidad de Costa Rica. Setiembre 2002.
- Salom, R. 2002. “Ideología y Ciencia: Compañeros Inseparables”, Cuadernos de Sociología No. 5.
- Schaff, A. 1994. “Historia y Verdad”, Editorial Planeta de Agostini, Madrid.